

Periodistas en conflictos: una actuación necesaria

El Premio de Periodismo Miguel Gil Moreno ha recaído este año en el periodista esloveno Mirsad Bajtarevic por una emotiva pieza radiofónica sobre las víctimas de Srebrenica. Sandra Balsells esbozó en el acto de entrega algunas reflexiones que apuntan no sólo a reconocer los valores del trabajo ganador sino a la intención y simbolismo de un premio que se asienta en la personalidad relevante y poco convencional de Miguel Gil, asesinado en Sierra Leona hace ahora siete años.

SANDRA BALSELLS

El reportaje ganador del sexto Premio de Periodismo Miguel Gil Moreno es un reconocimiento merecido a un trabajo necesario por la gran trascendencia del tema que relata –el genocidio, en julio de 1995, de 8.000 bosnios musulmanes en una zona teóricamente protegida por cascos azules– y, a la vez, porque supone un justo homenaje a los periodistas locales, autóctonos, que, con gran tristeza, deben cubrir sus propias guerras y posguerras, y cuya labor, demasiado a menudo, resulta ignorada por los medios de comunicación extranjeros y por los certámenes internacionales.

Pero además el galardón de este año sirve para homenajear a las víctimas y a los supervivientes de Srebrenica, personas inocentes que en su momento ocuparon centenares de portadas de diarios y de las cuales, hoy en día, nadie parece acordarse, excepto cuando se conmemora el aniversario de aquella cruel matanza, sin reparar en que su tremendo dolor y soledad perdura día tras día el resto del año.

A Mirsad Bajtarevic y a todos sus compatriotas quiero pedirles excusas porque como persona, como periodista y como ciudadana europea, me avergüenzo de la desidia, la indiferen-

Sandra Balsells, fotoperiodista, es profesora de la Universidad Ramón Llull.

cia y la prepotencia de nuestros dirigentes durante la Guerra de los Balcanes y muy concretamente durante la larga tragedia de Bosnia-Herzegovina. Su falta de actuación nos ha convertido, en cierta medida, en cómplices silenciosos de esos crímenes.

Me avergüenza que el pasado 26 de febrero el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, la máxima instancia judicial de la ONU, eximiese a Belgrado de su participación o complicidad en la matanza de Srebrenica. La resolución adoptada por este organismo internacional supone una sonora bofetada para los familiares de las víctimas y constata, desde mi punto de vista, que la Justicia se ha doblegado a presiones o exigencias absolutamente intolerables en sociedades democráticas.

Como europea, me avergüenza además que los máximos responsables de dicha matanza, el general Ratko Mladic y su compinche Radovan Karadzic, continúen protegidos por el Gobierno serbio, gozando de libertad, sin que ninguna institución europea se encare con contundencia.

Hace justo un año, estuve entre el público escuchando atentamente las palabras de Ryszard Kapuscinski, el anterior galardonado con el Premio de


Periodismo Miguel Gil Moreno, y cuya inesperada muerte el pasado mes de enero vivimos como una gran pérdida.

Kapuscinski nos recordaba con frecuencia que el gran periodismo, el periodismo con mayúsculas, era capaz de salvar vidas y de modificar el curso de los acontecimientos; que el gran periodismo, tal y como él lo concebía y lo practicaba, contribuía decisivamente a que el lector-espectador entendiese el mundo que le rodeaba, que favorecía su educación y que, en algunos casos, fomentaba su sensibilización.

Es una apreciación admirable con la que coincido, en la que realmente creo. Miguel Gil también creyó sinceramente en ello y lo demostró con las imágenes que captó en situaciones terribles. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si podremos seguir suscribiendo estas palabras durante

mucho más tiempo, cuando la desigualdad, la injusticia, los abusos y la miseria son tolerados y aceptados como si formaran parte de la normalidad. No de nuestra normalidad, por supuesto, sino de la de los otros.

¿Es cierto que el periodismo continúa ejerciendo esa labor educativa, sensibilizadora, constructiva, de la que hablaba Kapuscinski? O por el



La Justicia se ha doblegado a presiones o exigencias absolutamente intolerables en sociedades democráticas.

contrario, ¿el periodismo ha perdido de vista su prioridad de servir a la verdad para acabar convirtiéndose en una mera caja de resonancia del poder político y económico?

Vivimos una época de gran confusión, en la que los cimientos de valores tan elementales como la convivencia, la solidaridad y el respeto se agrietan por todas partes. En esta tesitura, la presencia de periodistas en situaciones de crisis, de injusticia, de guerra y de abuso es más necesaria que nunca.

Paradójicamente, la realidad es muy distinta. Asistimos imperturbables a una progresiva desaparición de periodistas sobre el terreno, lo que está generando un déficit de cobertura de proximidad y de veracidad absolutamente alarmante, en la que los abusos son aceptados sin parpadear. Iraq, Chechenia, Guantánamo, Darfur son buena muestra de ello.

El desinterés de los medios de comunicación por los conflictos, unido a la creciente restricción del acceso de los periodistas a los epicentros de las tragedias y al desinterés de buena parte de la sociedad por todo aquello que vaya más allá de su diminuto mundo, configuran un panorama preocupante.

Cuando los medios de comunicación priorizan apostar por el espectáculo, por el entretenimiento, por transmitir un mundo ficticio tan alejado de la realidad, la batalla del gran periodismo parece estar perdiéndose. Cuando los contenidos de un periódico o de un informativo están tan condicionados por los poderes políticos, por las grandes corporaciones y por los anunciantes, es evidente que apenas queda espacio para algo más.

Vivimos inmersos en la era de la inmediatez, de un *fast-food* global y permanente, en la que las noticias fragmentadas, aisladas, descontextualizadas y frívolas constituyen el grueso de la información.

Kapuscinski siempre creyó que los reporteros éramos los buscadores de contextos, de las causas que explican lo que sucede. Creía que el periodismo que retrata el drama

humano, esencia de nuestro propio fracaso, debía evitar la esquematización, la frivolidad y el espectáculo.

El periodismo, decía él, debía ser “inoportuno y certero en su impertinencia” y debía huir de la promoción de lo políticamente correcto. También Miguel Gil creyó en ello y lo demostró con su valiente actuación en diversos campos de batalla.

La presencia de periodistas en situaciones de crisis, injusticia, guerra y abuso es más necesaria que nunca.

Desgraciadamente, la sumisión y docilidad de muchos medios de comunicación actuales están a años luz de las aspiraciones del periodista polaco.

¿Cómo pueden tolerar los medios y la sociedad, por ejemplo, que un argumento construido y articulado en torno a una gran mentira haya permitido al señor Bush la ocupación de Iraq? Una ocupación que se ha convertido en una nueva fórmula de colonización y que diariamente se está cobrando la vida de decenas de civiles inocentes.

Amnistía Internacional acaba de publicar su informe anual en el que se acusa a Estados Unidos de utilizar al mundo como “un campo de batalla gigante en el que desarrolla su guerra contra el terrorismo”, una guerra –añado yo– en la que parece que todo vale: vuelos secretos de la CIA, 400 detenidos indefinidamente en la base estadounidense de Guantánamo, impunidad para los planificadores y ejecutores de guerras injustificadas, etc. ¿No debería el periodismo serio, el periodismo de calidad, contribuir a poner contra las cuerdas a esos dirigentes?

¿Cómo pueden tolerar los medios que la Guerra de Chechenia continúe un año más silenciada como si no existiese? ¿Y que apenas protestemos cuando periodistas valientes como Anna Politkóvskaya son impunemente asesinados por sacar a la luz los abusos del Gobierno ruso contra la población chechena?

El Parlamento de papel

Ignacio Fontes y Manuel Ángel Menéndez, dos tomos (1.180 y 544 páginas), 70 euros.

Un ensayo sobre la historia de la prensa no diaria del franquismo crepuscular: la existente, la que nació en esos años para oponerse a la dictadura, y la espectacular floración que sucedió a la muerte de Franco, que elevó su número por encima de 7.000 títulos.

DE VENTA EN LA A.P.M.



¿Qué ha ocurrido para que tragedias apenas esbozadas como la hambruna de Darfur ya no nos conmuevan ni despierten siquiera nuestro interés?

Jimmy Fox, antiguo editor de la agencia Magnum, a menudo me hablaba de fatiga emocional, de cansancio y hartazgo ante el creciente número de injusticias que nos rodean.

Puede que haya algo de cierto en las palabras de Fox. Pero no cabe la menor duda de que para garantizar un futuro próspero y justo hay que poner remedio a esta dejadez informativa.

En este sentido, convendría redefinir las estructuras periodísticas. Hay grandes medios internacionales que ya suministran la noticia escueta, inmediata, del día a día –me refiero, por ejemplo, a megaestructuras mediáticas como AP y Reuters que están presentes en todos los rincones del mundo–.

Por tanto, ¿no sería conveniente que el resto de medios, ya sean diarios, suplementos dominicales, informativos de televisión, emisoras de radio, etc. dirigiesen sus esfuerzos hacia otro tipo de periodismo? Aquel periodismo que contextualiza, que se aleja de la mera actualidad para concentrarse en los antes y en los después de los conflictos; en definitiva, aquel periodismo noble y comprometido que nos diera pautas para comprender.

Esto es lo que diferenciaría a los medios y lo que conferiría prestigio a sus cabeceras. Quizá el futuro del pe-

riodismo con mayúsculas vaya por ahí.

A pesar de todo, y a pesar de lo dicho, sigo creyendo en el periodismo valiente del que hablaba Kapuscinski pero sinceramente creo en él al margen de la mayoría de medios de comunicación convencionales, unos medios que han sucumbido, en gran medida, a intereses de conglomerados político-financieros que poco tienen que ver con la inquietud permanentemente renovada por la veracidad y el compromiso.

Mantengo mi fe en decenas de informadores *freelance*, independientes, que en numerosos rincones del mundo se esfuerzan por dar voz a los que no la tienen: que se esmeran por hacer visibles tragedias que algunos tratan de mantener en la opacidad o simplemente en el desinterés del olvido; por documentar temas al margen de la mera actualidad; por buscar contexto y explicaciones que nos ayuden a comprender.

Informadores *freelance* a los que añadiría evidentemente un puñado de periodistas de plantilla que con enorme vocación y esfuerzo, enfrentándose a muchos rictus y hábitos placenteros de sus propios colegas, continúan luchando por dignificar la profesión.

Profesionales que aún creen en el buen periodismo y que, como dice mi buen amigo Gervasio Sánchez, intentan evitar que comprendamos la historia cuando ya sea demasiado tarde. 